**Don que viene de lo alto** 

**Embolismo**

Es una prolongación de una oración que inicia con la última frase de ésta. En este caso, el sacerdote retoma la última frase del Padrenuestro “***líbranos del mal****”* y, con las manos extendidas, pide que el Señor nos libre “*de todos los males*” y nos conceda “*la paz*” para que “***ayudados por Su misericordia***” podamos vivir “*libres de pecado*” y “*protegidos de toda perturbación mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo*”.

Se enfatiza que es la misericordia del Señor la que nos ayuda, la que nos permite vivir sin pecado y sin perturbaciones, la que nos garantiza la paz, ella nos levanta siempre, nos llena de esperanza.

**Doxología**

Aclamación, alabanza con la que respondemos a las palabras del sacerdote y que desde los primeros tiempos del cristianismo solía emplearse:

*“Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor”*

**Rito de la Paz**

La Iglesia nos invita a participar, fugazmente, de esa tierra nueva donde todos seremos iguales, donde no habrá nada que nos separe... nos sabemos y nos sentimos hermanos.

El sacerdote comienza diciendo: “*Señor Jesucristo, que dijiste a Tus apóstoles, la paz les dejo, Mi paz les doy…*” Jesús aclara que Su paz es interior, que nos permite enfrentar con serenidad y alegría las situaciones más adversas. **Es la paz de un corazón que, como el de Jesús, rebosa de amor y mansedumbre, jamás desespera, vive feliz**. La paz es un don que viene de lo alto.

Añade: “*no tengas en cuenta nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia…*” esa Iglesia que desde el cielo y la tierra intercede las veinticuatro horas por nosotros, gocémonos en esa certeza.

Continúa diciendo: “*y conforme a Tu Palabra, concédele la paz y la unidad*…” Jesús oró al Padre pidiendo que fuéramos todos uno, le duele que, en lugar de resolver nuestros conflictos y diferencias desde el amor y la unidad, lo hagamos desde la ira y el alejamiento.

Finaliza: “*Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos*” a lo que respondemos: “*Amén*”. El Señor es eterno, Él vive y reina para siempre y tiene el poder para restaurar los corazones y hacer de dos enemigos, dos hermanos.

Nos dice: “*La paz del Señor esté siempre con ustedes*”, a lo que respondemos: “*y con tu espíritu*”. Creemos que para tener paz todo tiene que salir como queremos; pensamos que, si nos pasa algo malo la perdemos. Jesús, al desearles la paz a sus discípulos y mostrarles la señal de los clavos, les está haciendo ver la verdadera fuente de paz: que nos amó hasta el extremo, que murió para redimirnos, que en la cruz asumió no sólo nuestros pecados, sino también nuestros dolores, nuestras angustias, todo aquello que nos roba la paz. Jesús muestra sus manos llagadas y desea la paz, porque **de Su Cruz nos vino la paz, que depende de lo que Él hizo y hace por cada uno de nosotros.**

Todo don que se recibe de Dios debe ser compartido de inmediato: “*Dense fraternalmente la paz*”.

Antes de participar en el Banquete, recordamos que todos somos hijos de Dios, por lo tanto, hermanos unos de otros, estamos llamados a vivir en armonía, a no echar en saco roto la gracia de Aquel que por rescatarnos del pecado y de la muerte, dio Su vida.

**Darnos la Paz**

En el pueblo judío desearse la paz (*Shalom*) tiene un amplio significado: expresa el deseo de que el otro encuentre además de la paz, la armonía, el bienestar, la salud, la fecundidad, la plenitud, en fin, todas las gracias que el Señor pueda derramar sobre él.

Rescatar el sentido de este gesto, devolverle su significado, que verdaderamente sea “signo de paz” de la paz que Dios nos da para que la construyamos en donde quiera que nos encontremos. Para recibir a Jesús, que nos dejó el único mandamiento de amarnos unos a otros, es indispensable tener el corazón dispuesto a amar.

Expresamos nuestra comunión con la Iglesia en el signo de la paz. Con este antiguo gesto, cumplimos el mandato de Jesús de hacer las paces con nuestro vecino antes de acercarnos al altar (cf. Mt 5, 24).

Realizar este signo muy conscientemente: dar la mano con firmeza, mirar a los ojos a la persona y desearle de corazón la paz. Es nuestra gran oportunidad para estrechar la mano del propio Jesús que está en el hermano.

A Jesús nunca le dio repugnancia entrar en comunión, en contacto con nadie, tocaba a los que todos rechazaban. Que Él te conceda **sentir que estrechas Su mano** en la de todo aquel que te tiende la suya para desearte la paz.

**Fracción del Pan**

Así llamaban las primeras comunidades cristianas a la Eucaristía, Jesús tomó el pan y *lo partió*, un gesto que quedó tan grabado en la mente de los discípulos que gracias a él reconocieron a Jesús aquellos caminantes que se dirigían a Emaús.

Vemos al sacerdote partir en varios fragmentos la Hostia consagrada e interiormente nos regocijamos pensando que ello significa que ese Pan Eucarístico está siendo fragmentado para ser entregado a nosotros que nos reconocemos necesitados de comerlo porque es Pan que da la vida (Jn. 6, 48-51).

En la cultura oriental, a la que perteneció Jesús, se da mucha importancia a compartir la comida como símbolo de compartir la vida. El hecho de que todos comulguemos del mismo Pan de Vida, nos hermana en lo más íntimo de un modo extraordinario, no somos sólo seguidores de Cristo, sino que entramos en idéntica comunión con Él.

**Inmixtión o Mezcla**

Después de partir la Hostia, el padre deja caer un pequeñísimo fragmento dentro del cáliz, es para significar que el Cuerpo y la Sangre de Cristo forman una unidad. Aunque recibas a Cristo bajo una sola especie, lo recibes todo: Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Señor Resucitado.

El sacerdote dice en silencio:

*“El cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna”.*

**Práctica semanal:** Al dar la paz, pondré especial cuidado en hacer sentir al otro que le deseo la paz de corazón, pensando que es al mismo Jesús a quien le estrecho la mano.